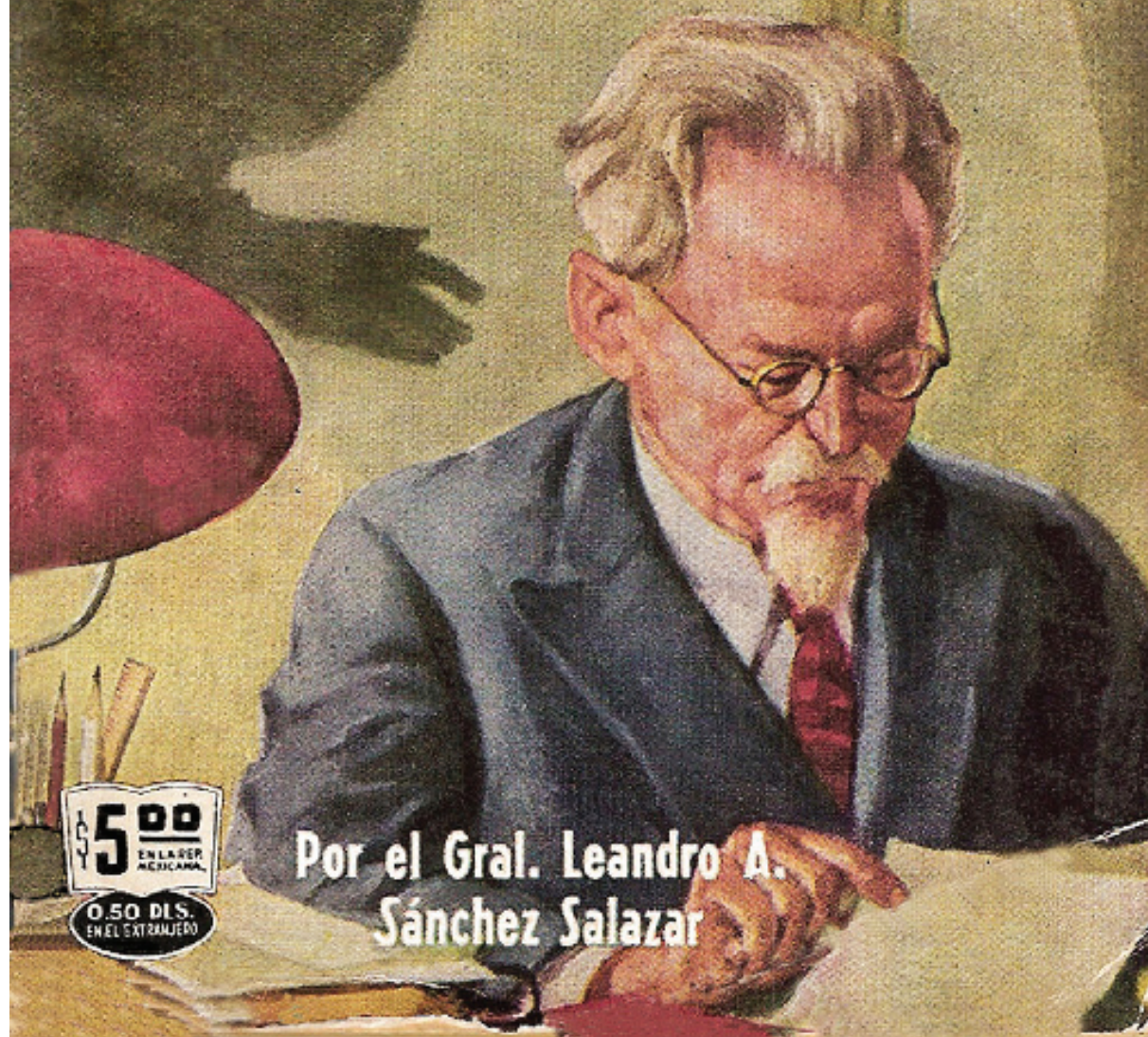


**Siniestra y vengativa, la
mano del Kremlin no perdona...**



ASI ASESINARON A TROTSKI.



\$ 5.00
EN LA REP.
MEXICANA.

0.50 DLS.
EN EL EXTRANJERO

**Por el Gral. Leandro A.
Sánchez Salazar**

ASÍ ASESINARON A TROTSKI

Por
EI GENERAL LEANDRO A. SÁNCHEZ SALAZAR
(**Ex-Jefe del Servicio Secreto de la Policía Mexicana**)

“Elegir la víctima, preparar minuciosamente el golpe, satisfacer una venganza implacable y luego irse a dormir... No existe nada más dulce en el mundo.” (Stalin a Dzerjinski y a Kamenev, en una noche de verano de 1923).

“¿Usted se imagina que Stalin se preocupa de buscar una respuesta a sus argumentos? Pues no hay nada de eso. Está pensando en la manera de eliminarlo a usted sin exponerse a sufrir un castigo por ello.” (Kamenev a Trotski, en 1925).

“Pudo haberle exterminado a usted desde 1924 si no hubiera temido a las represalias, en forma de actos terroristas, por parte de la juventud. Por eso decidió Stalin empezar destruyendo a los cuadros de la oposición y propuso que se le matara a usted cuando estuviera bien seguro de poderlo hacer impunemente.” (Zinoviev a Trotski, en 1925).

“Si morimos repentinamente, sépase que es por obra de Stalin.” (Zinoviev y Kamenev, en cartas depositadas después de su ruptura con Stalin, en 1925).

FRONTISPICIO

No cabe duda que serán muchos los escritores a través del mundo, verdaderos artífices del verbo, que con atrayente estilo, fluidez de lenguaje y consagrado prestigio universal, se ocuparán durante años y décadas —y quizá siglos— de relatar la tenebrosa tragedia que tuvo por proscenio a la florida Coyoacán, apendicular de la capital de mi país, y en la que fué figura central el caudillo ruso Leo Davidovich Bronstein —León Trotski—, villana y mortalmente herido al atardecer del veinte de agosto de mil novecientos cuarenta. Pero a ninguno, absolutamente a ninguno de cuantos escriban sobre ese drama que estremeció a la humanidad entera, puede caberle el privilegio de afirmar: narro lo que vi, lo que iba investigando cuidadosamente y paso a paso, es decir, al tiempo que se desarrollaban los sucesos de trágicos perfiles, desde el asalto al refugio-fortaleza del victimado líder ruso, en los albores del veinticuatro de mayo, hasta la captura del discutido pintor David Alfaro Siqueiros, que, con Frank Jaeson o Jaques Mornard Vandendresch —o el catalán Mercader o el ruso-rumano Salvador Torkokff o...— y el “judío francés”, desgraciadamente no capturado, forman la bestial trilogía ensombrecida por el crimen. Ningún autor que aborde el tema lo hará, por consiguiente, con el estrujamiento de nervios y la intensa vibración emocional del que, obligado como yo a ser también actor, puede revivir uno a uno y con toda fidelidad los episodios dramáticos, dolorosos y hasta chuscos a veces del llamado “caso Trotski”.

Quiso el destino que abriera un paréntesis en mi larga carrera de soldado para ocupar el puesto de Jefe del Servicio Secreto de la Policía de México. Manejé éste con positivo entusiasmo y hasta con pasión. Me interesaron —puedo decir que me fascinaron— las investigaciones policíacas. Advertí que poseía dotes detectivescas y no tardé, con la leal y brillante colaboración de mis agentes, en hacerme al clima y en cobrarle gran cariño al Servicio Secreto, al que le di cuanto pude: voluntad, dedicación, perseverancia y celo, con un promedio de quince horas diarias de intenso trabajo.

Y fué entonces cuando el destino quiso también que me tocara —no podría decir que en suerte— actuar como investigador en la postrer tragedia de don León, como con respeto y aprecio llamé siempre a Trotski.

Al terminar su mandato el Presidente Cárdenas, hube de cerrar el paréntesis a que antes hago mérito y volví a las filas del Ejército. La despedida de mis agentes fué, sin duda alguna, uno de los momentos más emotivos de mi vida y ello se explica: juntos habíamos cubierto importantes jornadas a costa de fatigas, de desvelos, de sinsabores y de peligros. Pero nos separamos con la satisfacción del deber cumplido.

Precisa aclarar que no soy escritor. Poseo el lenguaje sobrio que suele caracterizar a los hombres de armas y ello me haría temer que los lectores encontraran tedioso el relato que contiene este libro si no fuera porque los hechos de que me ocupo son de por sí tan impresionantes y variados, que su simple narración mantiene el ánimo en constante expectación hasta el final. No se encontrará la más leve alteración de la verdad, pues ello neutralizaría el mérito auténtico de la obra, de la historia documentada del drama —en el que actué como testigo oficial—, base a mi juicio insustituible de todo cuanto se escriba sobre la sombría tragedia de la casa de Viena, en Coyoacán.

Y para concluir, he de reconocer que este trabajo reclamaba imperiosamente algunos comentarios o puntos de vista expuestos por voz autorizada, con suficiente aptitud para fijar situaciones y establecer responsabilidades deductivas. Y nadie tan indicado para ello con don Julián Gorkin, el viejo y destacado luchador demócrata-socialista, vigoroso exponente de la cultura hispana, que por causas que él mismo referirá actuó toda una larga década en la política ruso-comunista, razón por la cual sus apreciaciones descansan en el profundo conocimiento de los procedimientos de aquel régimen que, sin la menor duda, armó el brazo que asestó el golpe mortal sobre el cuerpo del infortunado Trotski. Así, pues, don Julián Gorkin realza estas páginas en forma inapreciable y obliga mi agradecimiento.

General LEANDRO A. SÁNCHEZ SALAZAR